

No es extraño que nos vayamos extendiendo tanto al hablar de Cristo, de su personalidad, de su divinidad. Al fin y al cabo nunca dejará de ser Cristo, tanto para el creyente como para el no creyente, el personaje histórico en torno al cual se han suscitado las mayores discusiones, en torno al cual se ha escrito más, en una palabra el centro de gravitación de la Historia de la Humanidad. Todo el mundo está obligado a definirse ante El, nadie puede pasar de largo y prescindir de El. Y para nosotros los cristianos es la piedra angular de todo nuestro edificio religioso; por eso nos detenemos. Los días pasados nos hemos acercado a El para indagar de su boca lo que piensa de Si mismo y le hemos oído afirmar que es Dios, el Hijo de Dios vivo. Los días pasados nos hemos remontado a aquellos lugares que frecuentó Cristo, nos hemos asociado a las personas que tuvieron la dicha de tratarle de cerca y de ser testigos de sus obras estupendas que nos ponen de manifiesto su independencia en el obrar, que es prueba de su independencia en el ser. Dadas las garantías de veracidad y sinceridad que la persona de Cristo nos ofrece, en su vida, con derecho nos hubiera podido exigir una adhesión sin vacilación a cuanto nos afirmaba El de Si mismo. Si a un hombre serio y formal nos vemos obligados a creerle y le injuriamos si no damos crédito a su palabra, no cabe duda de que con Cristo podíamos proceder de la misma forma sin desmerecer por ello nada nuestra dignidad.

Pero Cristo ha querido condescender hasta el extremo con nuestras exigencias racionales. No pretende, no quiere que creamos ciegamente en El. Si a Mi no me queréis creer, creed a mis obras, nos dice. Como si dijera: a pesar de ser Yo Dios, la Verdad misma, yo no os obligo a que os fieis de mi palabra y aunque no os baste mi afirmación ahí tenéis mis obras que son inconfundibles infalsificables. Por eso nos hemos detenido en considerar los milagros y las profecías, que no se explican más que suponiendo a Cristo algo más que hombre suponiéndole Dios que tiene en sus manos todas las cosas y hace de ellas lo que quiere.

Y si sus obras delatan su divinidad porque ellas se salen de lo corriente, de lo natural, del curso ordinario de las cosas, su vida, su misma vida, que es una nota discordante en ese otro mundo moral, en el que destacan tantos santos, tantos héroes, tantos hombres eminentes y de virtud, es otra prueba aplastante de su divinidad. Aquel gran genio, aquel inmortal Wagner que tenía una sensibilidad tan exquisita no pudo menos de captar, percibir esta discordancia que la vida de Cristo constituye en ese mundo de los héroes y de los santos. "Podría pensar alguno - dice él - porqué después de vivir tantos mártires y santos, tiene que ser divino entre todos ellos precisamente Jesucristo. Pero aquellos hombres y mujeres santos llegaron a la santidad tan solo con la ayuda de la gracia divina, de una iluminación, de una experiencia mediante una transformación interior que de hombres pecadores los levantó al plano sobrehumano, hasta el punto que a nosotros nos parecen extraños. Mas en Jesús es completa desde el principio la inocencia, exenta de toda pasión; la pureza divina que le es natural, y con todo esto no es un rasgo interesante en El - como acaso podría pensar alguno - o una cosa extraña que le separe de los hombres, sino que esto tan puramente divino es también humano y ha de mover a compasión y dolor a cada hombre. Es una figura incomparable, única. Todos necesitamos al Redentor y El es el Redentor."

Son dos los rasgos sobre los que yo quiero llamar vuestra atención en esta plática de hoy; dos rasgos que son dos notas inconfundibles de Cristo, que no se descubren en ningún otro hombre histórico, los cuales pregonan por lo tanto a voz en cuello la divinidad de Cristo; estos rasgos marcadísimos en el carácter de Cristo son; la carencia de todo pecado y la plenitud de todas las virtudes. No tenía ningún pecado y tenía todas las virtudes. Quién se atreverá a afirmar otro tanto de otro hombre cualquiera?

Cristo no tenía ningún pecado y lo prueban de un modo decisivo sus mismos enemigos.

Los obcecados jefes judíos le acechaban de continuo, le seguían todos los pasos, le importunaban con preguntas delicadas para poder agarrarse a cualquiera palabra que se le escapara... y sin embargo Cristo pudo exclamar ante sus mayores enemigos con la seguridad más completa de que nadie le podría contradecir, "quién de vosotros me arguirá de pecado?" Un silencio sepulcral fué la elocuente contestación que recibió aquella pregunta que nadie en el mundo ha podido repetirla. Vedle en otra ocasión no menos solemne frente a la suprema autoridad de Palestina, frente a Pilatos y observad que a pe-

sar de ser ese el momento oportuno para sacarle a relucir sus pecados o sus faltas, nadie osó decir nada concreto aunque todos griten desaforados "crucifícale, crucifícale". Pilatos vuelve a preguntar: "¿Qué mal ha hecho?", pero nadie tiene nada que contestarle. Y Pilatos mismo convencido de la inculpabilidad de Cristo, se excusa públicamente lavándose las manos. "Inocente soy de la sangre de este justo: allá os lo veais vosotros".

Testigos son también de su inocencia, la esposa de Pilatos que le manda a aquel recado "no te mezcles en las cosas de ese justo", y el malvado Judas que después de haber consumado el crimen, se hace eco de la voz de su conciencia y al restituir las treinta monedas "yo he pecado - dice - pues he vendido la sangre inocente". Ved ahí, queridos fieles, cómo sus mismos enemigos no encontraron culpa en Jesucristo.

Menos la encontraron sus amigos y tened presente que por mucho que se admire a una persona, por muy amable y buena que parezca de lejos, ciertamente delante de aquellos que la tratan a diario, de aquellos con quienes convive, se dola an muchas imperfecciones y debilidades humanas...

No sucedió así con Jesús. Las personas más cercanas, los mismos apóstoles no encontraron en Él una sola falta, un solo lunar, todo lo contrario, le tienen por Dios y como a Dios le adoran. Ellos no solamente pudieron ver la actividad pública, sino que pudieron observar la vida diaria de Cristo, y no obstante le tienen a Cristo por el más santo. No llama la atención el que uno sea tenido, por grande, por heroe, de de lejos, desde una distancia histórica. Los prohombres de la historia universal propiamente han de mirarse desde lejos, como las hermosas cimas de los montes; porque si nos acercamos a ellos descubrimos un sinnúmero de deslices, debilidades, faltas, pecados. No sucede así con Cristo. Sus apóstoles comían con Él, dormían cerca de Él, caminaban en su compañía y sobre ellos llevaban juntos las fatigas. Ellos le oyeron hablar de su pasión y muerte: le vieron cómo le ataban los soldados, San Juan le oyó cuando en la Cruz escapó de su boca aquel suspiro de supremo abandono, vieron su sepulcro sellado... pues bien a pesar de una ruina humana tan completa, no obstante le tuvieron por Dios. La personalidad de Cristo todo lo subyuga, todo lo encanta.

Veamos ahora el otro aspecto del cuadro: Cristo tenía todas las virtudes. ¿Quién no conoce el cuadro de la Última cena de Leonardo de Vinci? Cuéntase de él que caviló tanto, ensayó tanto al tener que pintar el rostro de Cristo, que solamente su rostro le costó más que el resto de su cuadro. Nosotros no podemos pretender hacer el retrato de la persona de Cristo, nos conformaremos con unos cuantos trazos aislados que pongan de manifiesto la grandeza espiritual de Cristo. Para ello nos valdremos de sus mismas palabras.

¿Qué presentación más conmovedora nos la hace Él mismo... "Venid a mí todos los que andais agobiados, con trabajos y cargas, que yo os aliviaré... Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón". Y cuán manso era Cristo... cómo amaba a los niños, a sus mismos enemigos. No niega el beso ni a su mismo vendedor. Y con qué mansedumbre miró a ~~Cristox~~ Pedro cuando había caído y con qué dominio de sí mismo habló al soldado que le dio un bofetón. Y cuán humilde era que se contentó con el establo y el pesebre, el que creó el mundo: "Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos: mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza". Y manda a sus discípulos que quien aspire a ser mayor entre ellos, debe ser criado de los demás "al modo que el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en redención por muchos." Y quién no recuerda aquel sublime ejemplo de humildad que nos dio la última cena cuando se cibe con una toalla y se arrodila delante de sencillos pescadores... para lavarles sus pies?

Y qué amor alentaba en su corazón que dirigiéndose a los millones y millones de hombres que iban a venir les dice: "venid a mí todos". Él predicaba el amor "amarás a tu prójimo como a ti mismo". Él exigía amor de los suyos: "un nuevo mandamiento os doy, y es: que os améis los unos a los otros, y del modo que yo os he amado a vosotros, así también os améis recíprocamente". Pero además practicaba el amor "Nadie tiene amor más grande que quien dá su vida por las ovejas". Su muerte de cruz es la prueba irrefragable de este amor. La Cruz ensangrentada de Golgota enseña su amor.

Realmente fue quien ha estudiado el carácter de Jesucristo, y a pesar de todo no quiere creer en su divinidad, desemboca en un misterio indescifrable. No encontrará clave para explicar su amor a los hombres que no conoce límites. No sabrá explicar su optimismo que nunca se quebranta ni conoce desaliento. No sabrá explicar y compaginar su odio al pecado y su amor a los pecadores. Y menos su exención de todo egoísmo, de todo orgullo y afán de poder. Por lo tanto declaramos que Jesucristo es un problema sin solución ó terminamos con la confesión de San Pedro: "Nosotros hemos creído y conocido que Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios. Los argumentos nunca pueden ser tales que nos obligue a todos a rendirnos, porque se necesita además la fe; es necesaria para que mi

razón no solamente se incline ante el peso de los argumentos sino que de su último paso. De la fé depende el que yo diga con San Pedro "Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios Vivo" y de la falta de fé el que juntamente con Caifas me escandalice de que Cristo se haya tenido por el Hijo de Dios.

Para nosotros no hay término medio: o bien Cristo era lo que decía ser -Dios- , o bien era un genio que pasaba los límites de la locura, y era víctima de la más terrible manía de grandezas que ha habido en toda la historia universal. Pero ni siquiera es necesario ser cristiano para dar como imposible esta segunda hipótesis; basta con ser psicólogo que conozca al hombre para mirar con admiración la personalidad de Cristo, este carácter completamente armónico, equilibrado, imponente y sublime.

Parece como que aquí deberíamos terminar este nuestro capítulo relativo a la divinidad de Cristo. Le hemos con todo pleto afirmado su divinidad... a flar de él.

Pero nos vamos acercando a plantearle un nuevo problema. que le hemos despedido a Cristo... a su obra... a su vida... a la historia...